

¿Sociología o Zoología Social?

Por DJÁCIR MENEZES,
de la Universidad de Brasil. Colaboración para
Revista Mexicana de Sociología vertida del por-
tugués por Óscar Uribe Villegas.

1. El problema de las élites o grupos selectos, del que traté en un librito consagrado especialmente al tema¹ se ramifica en varios segmentos de la vida social y ha atraído la atención de los sociólogos, desde Pareto hasta Wright Mills (para citar tan sólo estos dos marcos). Es voz corriente que los temas abstractos facilitan muchas veces la “fuga” de los compromisos, y los “comprometidos”, orgullosos de la cólera que ostentan, vuelcan su desprecio sobre los tránsfugas. Esa evasión de la realidad puede ser, también, —indudablemente— estrategia política de los empavorecidos, de los acomodaticios o de los tímidos. Pero, si son legítimas, las más altas lucubraciones de la inteligencia reflejan la palpitación sutil de lo humano, que se revela —temprano o tarde— dentro de la praxis histórica, al crecer y ahondar la conciencia de la unidad biológica y espiritual de la especie. Pueden dividirla odios de raza, de fronteras, de clase; pero, de día en día, se tonifica más y más a través de las parcialidades exacerbadas, la convicción irreprimible del todo, la conciencia de la marcha hacia el *genus humanun*, que vence las rivalidades oriundas de la lucha competitiva y de todas las formas transitorias del egoísmo. Tales formas tomaron —en algunas filosofías— el valor de estatutos naturales: filosofías oportunistas, conservadoras de privilegios, justificadoras de nuevas clases privilegiadas.

Doctrinas de variados matices, pero identificadas en el mismo meollo ideológico, buscan convencernos de que el estado normal de la Humanidad es la lucha zoológica, y glorifican el instinto guerrero como manifestación eterna del hombre. La competencia sería el clima educativo de los fuertes; el débil desaparecería en el combate, según una ley natural suprema, sancionada por Dios o por la Historia. Tales doctrinas van a obtener de la zoolo-

¹ Djácir Menezes, *As Elites Agresivas*. Org. Simões. Rio. 1954.

gía su confirmación, trasponiendo el darwinismo al terreno de la Cultura y pretendiendo asentar —a título de lección científica— el fundamento animal de las sociedades humanas. Y se sacan a cuento, a estas alturas, los grandes latiguillos de la erudición manida: *Homo homini lupus*, *struggle for life*, *nihil sub sole novum*, etc., para que se apaguen en nuestros corazones todos los sueños de paz y de fraternidad.

Lo más espantoso es que esa cansada cantinela suena y resuena, en la mayoría de las cátedras y de los compendios, sin que se haga gran esfuerzo para contestar a los papagayos letrados. Bastaría pedirles un análisis más claro y más franco de los problemas que surgen en todos los cuadrantes de la civilización. ¿Por qué se perpetúan tales “latiguillos— pretendidamente científicos y arcaicamente filosóficos? Y, sobre todo, ¿por qué nos atormentan con ellos?

Es que la cultura tiene influencia compulsiva, y resiste la mudanza cuando se alía a los intereses sedimentados en ciertos “estratos” sociales, en los que acaban por definirse y por cristalizar como *estilos de pensamiento* que desempeñan una función conservadora. Sobre tales “estilos” incide el impacto del pensamiento renovador. En rigor, todo acto de pensar auténtico es innovador; cuando cristaliza, crea —en cambio— la rutina mental, que es cosa muy diferente del pensar. En este caso, pierde la acción genésica; deja de ser pensamiento: es preconcepto, se vuelve tabú. Extinguida su vocación creadora, el pensamiento se priva de su valor pragmático. Y, en cuanto ya no interpreta activamente la realidad, se niega a sí mismo. La rutina mental es la muerte del pensamiento, porque pensar NO es repetir. el eco no fue, no ha sido, no será jamás la voz que revela la interioridad humana.

2. Vayamos al punto esencial de nuestro asunto: ¿qué le ocurrió a la biología darwinista? En el instante en que apareció, entusiasmó al mundo sabio, y los sociólogos, interesados fundamentalmente en el examen de las formas de convivencia humana, han sentido —¿o han presentido?— que los principios proclamados provocan interpretaciones más naturales y menos teologales; más positivas y menos metafísicas, con respecto a las sociedades, y que aligeraban un poco la exagerada atmósfera que pesaba por entonces. Y, en su preocupación por limpiar completamente el horizonte intelectual, cargado de teología y metafísica, comenzaron a formular ardentemente las nuevas concepciones. Esto ocurría hacia la segunda mitad del siglo XIX. ¿Para qué recordar lo que conoce todo mundo? Spencer, René Worms, Lilienfield, Schaeffle, Comte, Noiré, Le Dantec fueron nombres que entraron en el medio brasileño como una bocanada. ¿Buena? ¿mala? Opinamos que fue buena. Contribuyó a dar incentivo para las polémicas;

a acordar los espíritus, a desentorpecer. Silvió Romero, Tobias, Ararippe Junior, Martins Junior, Bevilaqua y algunos otros más, son expresiones de un momento del pensamiento brasileño.

Aquellos exponentes extranjeros, en cambio, eran divergentes entre sí. Pero, tenían un punto en común: para ellos la sociedad era *producto natural*, sometido a leyes que podrían investigarse objetivamente. La sociedad era un "organismo". Lo sobrenatural quedaba proscrito, y se hizo célebre la declaratoria de defunción que Silvio hizo en la cueva de la Metafísica. Relegada la fantasía del Medioevo, presumían que era inconciliable con las formas nuevas porque les parecía que el conocimiento era un proceso creciente, en el seno de una experiencia históricamente transmitida.

Con este diapasón, se fue muy lejos, y se extrapoló en demasía. Se insistió tanto en la victoria biológica del más fuerte, en el valor de la lucha por la vida en el campo social, que las fronteras entre la sociología y la zoología llegaron a ser indiscernibles. Se llegó a escribir sobre el sistema nervioso de la telegrafía, el sistema digestivo de los mercados, el sistema ejecutivo y muscular del poder, en paralelismo que rayaba en la futilidad. Frenada la especulación metafísica, comenzó a hacerse la apologética de la animalización del *Homo sapiens*. Se olvidaba que las cualidades superiores conquistadas valían más que la herencia inferior transmitida. El sentido revolucionario de la nueva sociología, que pretendía evidenciar el parentesco natural del hombre, daría la vuelta y se camuflaría en la reacción conservadora. Sí, porque los adversarios, atontados en la primera hora, se pusieron listos en las siguientes y, nuevamente señores en sí, se entregaron con denuedo a las exageraciones de la sociología naturalista, que se complacía en la exaltación de la vida instintiva y zoológica. Habían sacado buen partido de la maniobra, y lo habían hecho en forma experta, como podía verse claramente. ¿Cuál podría ser, ahora, el remedio?

3. Esa reducción zoológica fue una fase llena de contradicciones.² Los estudios seguían tratando de ahondar el análisis de las formas históricas en que se configuraban las sociedades humanas. Y fue el examen de los orígenes sociales de las ideas, la etiología del proceso ideológico —por decirlo así— lo que vino a aclarar la forma en que los *estilos de pensamiento* se vinculaban con los *estilos de acción política*. Cabría mencionar aquí los trabajos de Karl Mannheim, cuya educación marxista le sugirió algunos ángulos fecundos desde los que encarar el problema.

En el biologismo sociológico, que inspiró al darwinismo *struggle for life* izando demasiado la vida social, había un contenido político que luego

² Examinamos el problema en 1958, en el trabajo: *O Sentido Antropógeno da História*. Simões, Rio, 1959.

se puso de manifiesto: la mentalidad conservadora, que estaba representada por las corrientes espiritualistas tradicionales, alargó hacia el interior del carapacho biológico su pseudópodo reaccionario. Y extrajo de la transformación, sus conclusiones conservadoras: la lucha por la vida, en el mundo social comprobaba la ley general: la feroz competencia entre los grupos económicos y entre otros organismos institucionalizados era un imperativo ineluctable: se desprendía de las leyes eternas que dictaba la naturaleza. Por tanto, que esos soñadores impertinentes de la igualdad democrática no viniesen a perturbar el progreso, que era impulso de los fuertes. Aquéllos no pasaban de ser místicos, que balbucían misticismos que la ciencia desautorizaba. Ingenieros resumía lapidariamente: “el determinismo niega la libertad; la lucha por la vida niega la fraternidad; la naturaleza niega la igualdad”. Los tres mitos que la Revolución Francesa bautizó en la sangre fraternal creando un espejismo para los desheredados del mundo no harían otra cosa que sumir en la ilusión. La democracia no descendía a tales niveles utópicos.

En cambio, al enfocar el problema con mayor precaución, se descubría la oscura intención de las conclusiones alcanzadas. Intención psicológicamente tortuosa, pero socialmente objetiva: revelaba la idea de que las leyes naturales sancionaban las injusticias y desigualdades históricas. Inscribíase como norma divina lo que no era sino adquisición humana. Insetaban en la Naturaleza lo que era Hsitoria. En esa transferencia del plano “social” al “natural”, se encontraba la astuta estratagema, que demostraba científicamente la inutilidad de las aspiraciones renovadoras. No se adelantaría nada con protestar: siempre habría pobres en este mundo, e infelices en este “valle de lágrimas”. Los sueños de los reformadores se extinguirían siempre en las tardes del Gólgota.

Pensadores hubo que dedujeron, desvergonzadamente, todas las consecuencias lógicas y anti-democráticas de las premisas del biologismo sociológico. Consecuencias racistas, clasistas, soterológicas, imperialistas, dictatoriales. Pero, el error es manifiesto. Olvidaban o fingían olvidar, que el fundamento biológico es sólo un punto de partida. La praxis histórica —con la trasmisión cumulativa de la cultura— crió la dimensión de la conciencia que es, propiamente, la profundidad humana del problema. Dentro del causalismo histórico, late, en forma creciente, el teologismo humano. Un animal que tiene fines definidos en su acción, superó el plano zoológico; en él maduran cualidades que no se reducen al puro biologismo inferior. El aspecto interior del proceso es el sentido subjetivo finalista, que sólo dialécticamente niega la causalidad histórica. Representa la plenitud social de la racionalidad; esto es, el ordenamiento y dominación consciente de las fuerzas sociales, lo que conduce a la lucha por

la organización jurídica y política de las estructuras que permiten la realización de tales objetivos.

Es a esa luz como se vuelve imperioso hablar de democracia, proyectando la mirada —con esperanza— por el horizonte actual, y buscando indicaciones o datos, en el paisaje real de la vida contemporánea.

4. Los dos núcleos gigantescos del poderío mundial han dividido al mapa-mundi en dos hemisferios hostiles, que se han repartido entre ellos. Se han deformado, en la presión de los dos bloques: las antiguas formas de soberanía política, territorialmente delimitados: los Estados gravitan en torno de los dos centros de poder, y se les escapan las decisiones políticas fundamentales. Los organismos internacionales exoneran a estos pueblos de los atributos clásicos de la soberanía. El tecnicismo industrial imprime un sello uniforme y característico a las relaciones humanas despersonalizadas. Los grupos de decisión encastillados en la prensa, en la radio, en la televisión, ejercen vigilancia y dominio espirituales (*controles* espirituales). Las universidades, que en otro tiempo fueron centros de humanismo y floración de ideas, se tornan, cada vez más, en simples apéndices de los organismos industriales. Se hipertrofian los laboratorios de investigación experimental para fines destructivos. La masificación democrática acelera el advenimiento del Estado Leviatán, que engullirá las libertades cívicas. La libertad —que casi fue divinizada por nuestros países— es mito de ingenuos para nuestros hijos. El ejercicio autocrático del control político asume el carácter de algo políticamente ineluctable: no hay posible fuga del Destino. La producción de ideas es una operación mercantil. La cultura humanística es tan combatida como los latifundios. Ella permite una visión de la historia —y el tecnicismo exige el conocimiento de un área bien delimitada. Es preciso apagar la conciencia del progreso humano para deshumanizar al individuo. El buen ciudadano, obedece. No da el paso de ganso en forma ostensible; pero lleva en sí, en el espíritu, su ritmo. Decía Ángel Rivera, hace algún tiempo: “Hay que comunicar el desinterés filosófico a los estudiantes, que cada día son más pragmáticos; hay que convencerlos de que la cultura es superación espiritual, en la misma forma en que la higiene es superación física”. Y, más adelante, agregaba esta nota incisiva: “en las épocas de decadencia, la única cosa que hay que hacer es renovar, sin tardanza, las normas perceptivas viciadas por la retórica”.

5. Hay mercado para las funciones espirituales: se reclutan ahora físicos como Cartago reclutaba antes, mercenarios. De ahí la necesidad de substraerle o amputarle la conciencia al técnico; de darle una enseñanza deshumanizada; de instruirlo en técnicas que carezcan de raíces en el suelo

histórico. Tal deshumanización fácilmente eficaz en la esfera de la física, de la matemática, de la biología —en suma, de las ciencias físico-naturales— es catastrófica en las ciencias sociales. En las ciencias sociales, de fondo histórico, la deformación ideológica, que proviene principalmente de los Estados totalitarios, es un fraude garrafal. Por eso mismo, en las autocracias, tales ciencias están bien vigiladas. Hay que desinfectarlas, expurgarlas, emascularlas. El pesquisidor social es sólo un escritor apologético; la cátedra se le confía al funcionario político, al policía, y no pasa del primer grado en las dictaduras. Eso, que se está desarrollando en el capitalismo, aparece como agravado monstruosamente en la dictadura del tipo bolchevique. El partido monolítico funciona como un Moloc devorador de las libertades civiles. Los pensadores y los científicos son tan sólo los glosadores de los dogmas políticos. El área de la decisión política se circunscribe cada vez más: en los regímenes a los que se llama democráticos, el centro decisorio se traslada amenazadoramente, hacia los órganos que ejercitan el poder militar; en los llamados “totalitarios”, hacia la exigua cúpula del “presidium” del Partido Único.

Las bases psicológicas de las democracias se asientan en el ejercicio de las decisiones racionales, y la Razón es una accidentada creación histórica, desenvuelta históricamente en el convivir de seres que han aprendido a comunicarse entre sí, a confrontar ideas y opiniones, en un proceso de debate. El ágora griega o el Foro romano son sus símbolos. Focos de palpitación de la vitalidad democrática, han sufrido, periódicamente, largos eclipses. Pero, en todo instante de radiación, la luz persistió en forma fascinante en los espíritus, a través de las edades más brutales y violentas. Anticipación de la *polis* futura, cada eclipse la realiza más.

Por más ruido que hagan, fingiendo renacimientos, las autocracias son tristes. Su monólogo es pesimista; se introvierte. ¿Por qué? Porque la interiorización es el temor de la convivencia, del contacto, de la fricción con la comunidad que crea las plazas públicas, las asambleas, las tribunas libres, en donde la voz no es un eco, sino una conciencia, diferente de las otras conciencias. Y las diferencias se entienden. Se ha observado cómo las autocracias temen al hombre. Se rodean de pretorianos, refuerzan las policías, pueblan la noche de espías, se imaginan fantasmas y temen a los fantasmas. Y cuanto más se resguardan, más aumenta su miedo. Son, siempre, violentas. La violencia es el signo de su debilidad. Es la medida en que las requisiciones y persecuciones se vuelven crueles. El aparejo represivo recluta a los psicópatas y masoquistas para ejercitar la tortura y saciar sus instintos profundos de desequilibrados. ¿Por qué? Porque la autocracia no cree en la bondad, dice Pontes de Miranda. Sólo ve en el hombre la maldad, la procacidad, la traición, lo protervo, el instinto inferior. De ahí

que busque vigilarlo por todos los medios: en las palabras, en las obras, en el pensamiento.

De ahí subsigue el que se deshace la linde que separa la vida pública de la vida privada. En esto reside el cuño especial del totalitarismo; su verdadero sentido. Donde las masas estaban atrasadas, sin clara conciencia de sus propios intereses, se produjo la dictadura paternalista. Para las estructuras sociales arcaicas, sin diferenciación de las capas de población promovidas por el proceso industrial, las instituciones parlamentarias no servían para expresar la realidad nacional. En Brasil, el rey reina, gobierna y administra gritó Itaboraá. En las repúblicas iberoamericanas, las ideas del '89, propagadas por caudillos de variados tipos, han de garantizar las aristocracias territoriales.³

Tal vez merezca atención este punto. Por principio de cuenta, definimos: entendemos por "democracia" el régimen que hace efectiva la intervención del pueblo en la organización del poder político y en el control de sus estructuras. El conjunto de técnicas que mejora la eficacia de tal intervención es obra de arte política. Entre estas técnicas estaría, en Occidente, la democracia parlamentaria, al lado de sus variantes, modeladas en el progreso del capitalismo competitivo y reajustadas en las formas superiores del capitalismo financiero. Es cierto que se produjeron muchas deturpaciones serias en el proceso representativo, con la corrupción de los partidos y el mercado del voto, que falseó el parlamento, y al entrar en concubinato la finanza espuria con la demagogia. Pero, muchos de esos vicios serían corregibles por métodos meramente electorales. Problema de forma, no de fondo, enseña un maestro. En opinión de muchos publicistas, el síntoma denunciaba la decadencia de las instituciones parlamentarias. La labor del estudioso no será la de desacreditar las instituciones parlamentarias, sino la de perfeccionarlas para la realización de la menos imperfecta representatividad.

El otro punto es el de los partidos, confundidos por algunos al conceptualizar la democracia en términos de pluripartidismo. En esta hora, en verdad, el partido único es técnica inevitablemente dictatorial. Es máquina de compresión destinada a disciplinar, en la misma uniformidad ideológica de dominación a toda la masa de los ciudadanos. Comete igual equívoco la tentativa de reducción a dos o tres partidos cuando la opinión pública no puede sentir el encuadramiento que se exige, como acontece en Inglaterra o Estados Unidos de América. La función de vigilancia crítica de las oposiciones se reduce, dentro de la disciplina partidaria, a las tímidas alas izquierdas, amenazadas de excomunión, en el partido único. La amenaza

³ *Homenagem a Rousseau*. Revista de Direito Publico e Ciencia Política. Fundação Getulio Vargas. Rio, 1962.

asegura la unidad doctrinaria y de acción, consolidando las cúpulas. Sucede que, con la diferenciación de los estratos sociales de la población, la pluralidad partidaria es corolario y no causa. Es, por tanto, indispensable la veracidad de la representación política. De este modo, las mayorías nacionales podrán participar en los negocios públicos mediante la acción, en la formación y composición del gobierno. La democracia, por tanto, no es producto: es proceso. Y, como todo proceso, no es perfecto; sino perfectible. ¿Cuál es el fondo, el objetivo, de este proceso? La menor desigualdad entre los ciudadanos. No se trata del nivelamiento utópico de la igualdad; se trata de no agravar desigualdades naturales por el desigual desenvolvimiento de los individuos capaces, con la supresión de los obstáculos creados socialmente. Estos *desiderata* de la democracia, deben ser alcanzados en un clima de máxima, posible, *libertad*. Aquí aparece el problema esencial de la "libertad" como condición vital de funcionamiento de la democracia.

En el debate de estas cuestiones, entre nosotros, hay que citar el gran libro de Pontes de Miranda, *Democracia, Libertad, Igualdad*, ese estudio mayor, de los escritos en América en los últimos tiempos, sobre temas políticos: "Todos aman la libertad: los que no se ven sólo a sí mismos la quieren para todos; los egoístas y perversos, sólo para ellos mismos. He ahí el punto capital: los enemigos de la libertad aman ser libres; son la forma psicoanalítica correspondiente —en el plano político— de los usureros y de los ladrones. La libertad es cosa que se roba, como se roba el pan".

Pero, es a través del dominio de las cosas como se puede dominar a los individuos. La pugna por la menor desigualdad conlleva la mayor posibilidad social de la libertad. Sería el caso repetir con Sieyès: "La garantía de la libertad pública no puede estar sino donde está la fuerza real. No podemos ser libres sino con el pueblo y por él". En esta frase se conjugan la libertad y el poder.

6. Con el mecanismo de la pluralidad partidaria, se buscó (en veces) la libertad del elector, cuando se instituyó en la ley el monopolio jurídico de la selección de los candidatos. Estos, ahora, ya no pueden tomar posición de franco-tiradores, obligados como se hallan a los compromisos de un partido. Y como, dentro de un partido, se forman "cliques" y parcelas oligárquicas, se disvirtúan los propósitos sobre la presión de los intereses privados, creándose una clientela particular de parasitismo dentro de la burocracia política.

Se dice que es necesario canalizar las formas espontáneas del pueblo dentro de moldes adecuados, encaminándolas en el sentido de la representación política, sin perturbar el equilibrio. Eso sería ciertísimo si, con tales medidas, no se realizase la pérdida de la substancia popular y la corrup-

ción del privatismo. Encontré, en un publicista francés, esta frase: "Los partidos minoritarios son los herederos de los tribunos de la plebe". De hecho, en ellos tienden las masas a buscar el intérprete de sus necesidades, a fin de que repercutan, en el parlamento, sus sofocadas aspiraciones. En las crisis, el rayo de represión cae sobre las cabezas más altas en la oleada que sube. La táctica fascista consistía en provocar el miedo al comunismo, al judaísmo, a la masonería (de acuerdo con las latitudes) atrayendo las clientelas de los partidos democráticos, que las guerras debilitaban en Europa.

Surgieron, así, diferentes tipos de élite de dominación. Nada más variable que la estructura social del poder a través de la historia. En el fondo, con todo, existe el rasgo esencial, que es la monopolización de la fuerza socialmente organizada. De un estudio hecho en otras circunstancias, extraemos un criterio para clasificar las élites de dominación en los tres tipos generales siguientes: élites de sangre, élites económicas y élites científicas.

Las élites de sangre constituirían aristocracias territoriales en las civilizaciones agrarias, venidas de estadios más remotos. Se prenderían, por el cordón umbilical del patriarcado, a las organizaciones gentilicias, en las viejas comunidades tribales, y llegarían a las formas sociales del tipo feudal. Existieron y existen donde la dirección de los destinos colectivos están confiados a las capas de la nobleza territorial, que se trasmite por la sangre.

El segundo tipo de élite surgió con el desenvolvimiento industrial: el capital móvil, con las formas de riqueza de la fase mercantil, constituyó la clase de los *homines novi* que abrió el camino a los nuevos métodos de producción capitalista y al mundo moderno. Las élites económicas asumen el mando social que comienza a debilitarse en nuestros días. De los banqueros medioevales a los financieros modernos, de los Fuggers o Marchionis a los Rotschids y Rockefellers: el "rey" del petróleo, el "rey" del carbón, el "rey" de otras concentraciones de capital, con organismos productores, en donde los problemas se vuelven inmensos. ¿Cómo enfrentarlos? Interrogación que exige respuestas técnicas. El conocimiento científico se introduce en los problemas de modo aterrador, escapando al grupo de propietarios. Entonces se forma, al lado del grupo poseedor, la capa intelectual, que se va destacando como otro tipo diferente de élite: la *élite de cultura*.

Esa élite ¿va a conquistar su independencia en la dirección total de la sociedad? Funcionará siempre a las órdenes de la dominación económica, en los países de Occidente; y, en los países socialistas de Oriente, se esclavizó a la tercera clase, esto es, a la burocracia del partido único, en manos de la que no pasa de ser instrumento dócil y dirigido.

De cualquier manera, anuncia el último tipo de élite, porque va a dominar por el espíritu y con las armas del espíritu. Tendrá que funcionar atenta a las necesidades colectiva, en el ritmo de los intereses humanos.

No podrá, por la naturaleza de su vocación, esclavizarse a las parcelas, expulsará el odio del corazón y ampliará los horizontes. Vendrán, porque tienen que venir: serán élites humanas.